

Una mujer jordana hace acopio de alimentos en un supermercado desabastecido de Ammán, poco después de la invasión de Kuwait.

cuervos en la corte de Hussein

Espías, terroristas, traficantes y reporteros escogen Ammán como capital de Oriente Próximo

JAVIER VALENZUELA La llamada del almuédano a la oración del mediodía no inmuta a los escasos usuarios de la piscina del hotel Intercontinental: media docena de periodistas y técnicos de la cadena de televisión norteamericana CNN. Ellos sólo prestan atención a los gruñidos que emiten los transmisores-receptores que cada uno tiene al alcance de la mano. Si la actualidad lo requiere, los tipos de la piscina dejarán de disfrutar del estupendo sol del comienzo del otoño jordano y reforzarán de inmediato a la legión de profesionales de la CNN destacados en Ammán.

Arriba, la terraza del hotel está a rebosar. En una de las mesas, bajo un parasol amarillo y con sendos gin-tonics en las manos, un agregado militar europeo recién expulsado de Bagdad y un compatriota conversan amigablemente. ¿Pueden los iraquíes enviar misiles cargados de armas químicas a Tel Aviv? ¿Son sus Mig 29 capaces de hacer daño a los aviones norteamericanos? ¿Cómo han aceptado los militares iraquíes la victoria póstuma ofrecida por Sadam Husein a Jomeini? ¿Es verdad que el hijo de Sadam va siempre a la discoteca del Meliá de Bagdad armado con un revólver del 38 y una pistola del-9 largo?

Conseguir un visado

Al otro lado de la calle, justo enfrente del Intercontinental, está la Embajada norteamericana, un edificio de baja altura y muros de piedra natural erizado de antenas y protegido por un vehículo militar jordano dotado de una ametralladora pesada. Un río de gente de casi todas las nacionalidades de Asia hace cola delante de la legación

para solicitar el preciado visado estadounidense. Pasan coches con fotos del rey Hussein y su amigo Sadam.

Hace más o menos un año, Mustafá Al Kaisi fue nombrado por el monarca hachemí jefe de los mujabarat, o servicios secretos jordanos. Ahora Al Kaisi no da abasto. Ammán, la ciudad más tranquila de Oriente Próximo en las dos últimas décadas, se ha convertido en un hervidero por obra y gracia de la invasión iraquí de Kuwait. Ammán es el eslabón débil de la cadena, y periodistas, espías, traficantes, di-

plomáticos, observadores militares, miembros de organizaciones humanitarias y toda la demás fauna que vive de las grandes crisis se han abatido como cuervos sobre la ciudad.

Desde que en 1975 estallaron las guerras libanesas, Ammán aspiraba a ser el nuevo Beirut, el centro de las comunicaciones internacionales y las actividades financieras y comerciales de Oriente Próximo. Ammán construyó grandes hoteles y un buen aeropuerto, y mejoró de forma notable su servicio telefónico. Sin embargo, el

cocina, el ingenio fenicio para los negocios, la belleza femenina, la mezcla de razas y religiones, las libertades democráticas y los bares y burdeles de Beirut. Ammán sigue careciendo de muchas de esas cosas, pero ahora hay una incipiente democracia, y, sobre todo, la posición neutral del rey Hussein en la crisis del golfo Pérsico y los sentimientos proiraquíes de la

mayoría de sus súbditos la han

convertido en un inmejorable

ventanal sobre una guerra que

a diario se anuncia como inmi-

gran villorrio del desierto no

consiguió reemplazar a la me-

trópoli levantina. Le faltaban el

mar y las montañas, la buena

nente desde hace dos meses. A tiro de piedra del Intercontinental y la Embajada norteamericana, está el restaurante Romero, un famoso establecimiento al qe Walid Yumblat, que acaba de llegar a Ammán, se ha acercado a almorzar. El líder de los drusos libaneses va acompañado de su bellísima esposa —una de las pocas mujeres que lucen minifalda en Ammán—, de dos embajadores árabes y de algunos correspon-

sales de guerra.

A los postres, Yumblat cuenta que camiones cargados de frutas y verduras están llegando a diario a Jordania procedentes del Líbano cristiano. Oficialmente, esas mercancías, que deben atravesar la muy antiiraquí Siria, están destinadas al reino hachemita; en realidad, toman el camino de Al Ruweished y penetran en el bloqueado país de Sadam. En el camino a la frontera, los camiones libaneses se cruzan con otros iraquíes cargados de petróleo y con las caravanas de coches y autobuses de los fugitivos egipcios y asiáticos.

Unas mesas más allá, un joven funcionario de la Embajada

norteamericana escucha la historia de un periodista que hace de correveidile entre los clientes del Romero. "El embargo a Irak nos ha convertido en inspectores de comercio", se lamenta el joven funcionario, cuya principal misión en la capital jordana hasta hace dos meses era seguirles la pista a los activistas palestinos. "La estación de la CIA en Ammán", añade con voz de secreto de confesión, "sospecha incluso que algunas de las mercancías aportadas a Irak son de origen israelí".

La CIA también está alarmada por el elevado número de licencias de importación y exportación que últimamente se expenden en Jordania.

Es una pena que el joven funcionario norteamericano haya tenido que dejar el seguimiento de los palestinos a colegas veteranos en los galimatías de Oriente Próximo llegados para la ocasión, no pocos con la clásica cobertura de enviados especiales de la prensa. La última aventura de Sadam ha convertido a la capital jordana en el foro palestino por excelencia. Hasta los radicales Nayef Hawatmeh y Georges Habache, expulsados de Jordania a tiro limpio en septiembre de 1970, han vuelto a la

Un día sí y el otro también, el anfiteatro romano de Ammán sirve de escenario a mítines palestinos. Mezclados con los auténticos fotógrafos y cámaras de televisión, los agentes de numerosos servicios de información, incluidos los del omnipresente Mossad israelí, retratan a los oradores y los participantes más activos.

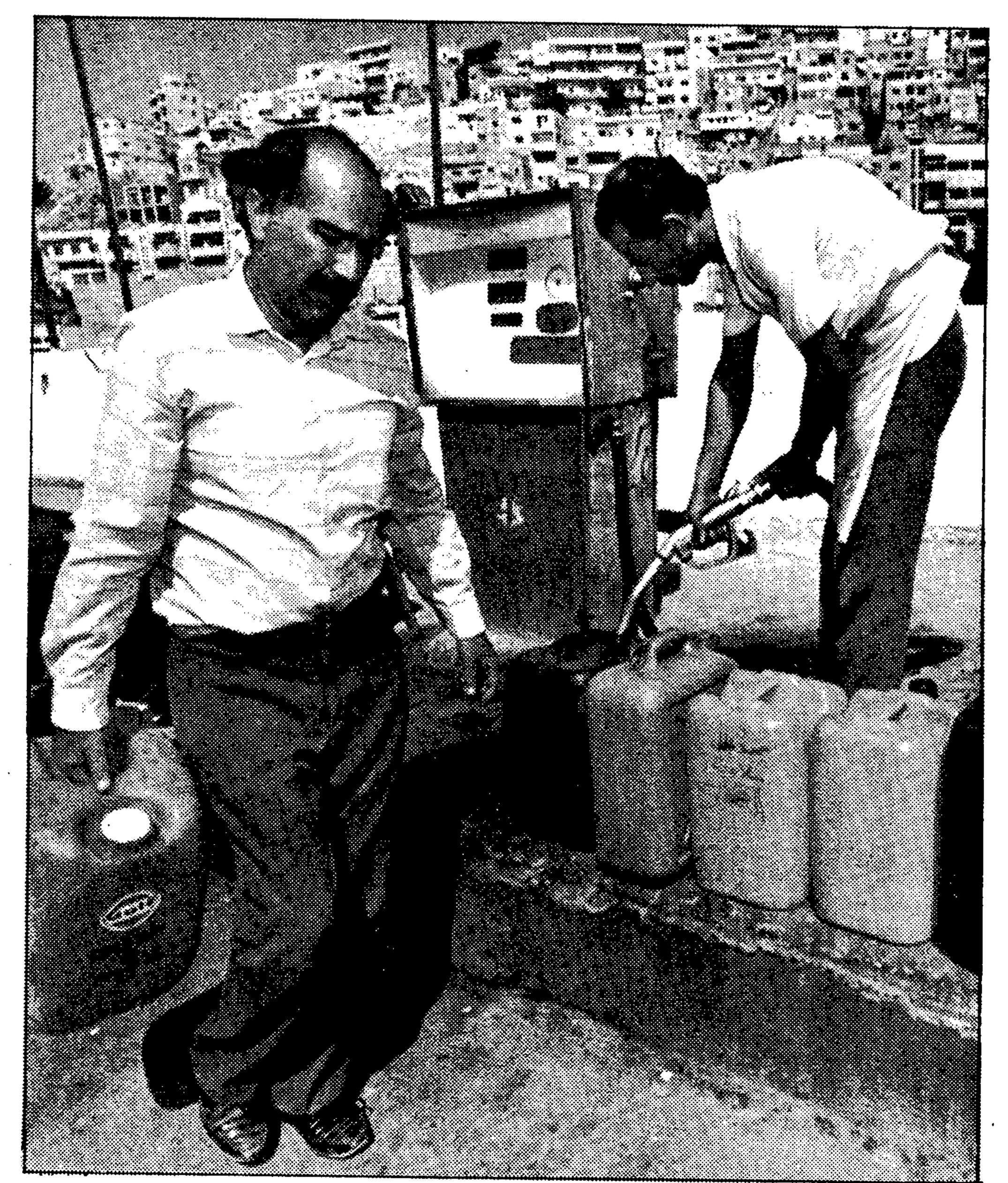
El fin de otro imperialismo

Los líderes palestinos suelen reunirse en el hotel Jerusalén, propiedad de la familia Al Chaua, originaria de Gaza. Allí, Hawatmeh, que ha venido de Damasco -una capital ahora prooccidental— con todo su equipo de guardaespaldas, explica, a quien quiera escucharle, que si la crisis de Suez de 1956 significó el hundimiento de los imperios británico y francés, la del Golfo marcará el comienzo del fin del imperialismo norteamericano.

Reconocibles por su afición al whisky escocés de etiqueta negra, sus sempiternas gafas de sol y las coartadas contradictorias para sus movimientos, los agentes de todos los servicios de espionaje árabes pululan en los hoteles y restaurantes de Ammán y en sus contadas salas de fiesta.

Desde hace cuatro o cinco décadas, los grandes negocios de Oriente Próximo son las armas y el petróleo. Ahora, los jordanos, a los que los saudíes han castigado con el corte de los suministros de combustible, escuchan en Ammán cualquier oferta viable de suministro de oro negro. Sus vecinos iraquíes no tienen ese problema; sus agentes en la capital jordana se dedican más bien a intentar comprar armas. Los palestinos, buenos conocedores del mercado negro de armamentos, son los intermediaros.

Sin embargo, dice el joven funcionario de la Embajada norteamericana, las cosas están ahora muy negras para Irak. "El embargo está funcionando muy bien y, aunque los hombres de Sadam ofrecen un bakchis o comisión del 20%, los intermediarios no encuentran proveedores".



Un ciudadano jordano se aprovisiona de gasolina, un bien escaso desde el reciente embargo saudí.